

Complejidad de la educación de jóvenes y adultos

Para el presidente del Consejo Internacional de Adultos (ICAE), los avances relacionados con la Educación de Personas Jóvenes y Adultas (EPJA) son mínimos, lo que demanda un mayor compromiso de los países para asegurar una educación equitativa, inclusiva y de calidad, así como promover oportunidades de aprendizaje permanente para todos y todas. Sostiene que los cambios demográficos presentan desafíos de aprendizaje en diferentes momentos del ciclo vital y advierte que la falta de información sobre cómo evoluciona la EPJA trae consigo la invisibilidad, que, a su vez, conduce a la exclusión.

ALAN TUCKETT

Consejo Internacional de Personas Jóvenes y Adultas (ICAE)

A primera vista, podría parecer que el tema de la educación para adultos está mejorando. A medida que nos acercamos al final de cuatro años de intenso debate sobre las prioridades mundiales a futuro relacionadas con la educación y con el desarrollo respecto de la comunidad internacional, podemos estar satisfechos con la aceptación del aprendizaje permanente como prioridad, aun si la aceptación de tal compromiso difiriese de lo acordado en la junta de Educación

Para Todos (EPT) realizada en Mascate y el Grupo de Trabajo Abierto de las Naciones Unidas sobre Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS).

El rol del aprendizaje permanente en el desarrollo económico y social se encuentra reconocido en el memorando de la Comunidad Europea sobre el tema. La Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) ha introducido un mecanismo de informe significativo para las competencias de adultos mediante la publicación de la investigación de su Programa para la Evaluación Internacional de las Competencias de los Adultos (PIAAC); por su parte, la UNESCO se ha embarcado en reestructurar su estrategia de aprendizaje permanente con base en los informes Faure y Delors,



así como a partir de las conclusiones de las Conferencias Internacionales de Educación de Adultos (CONFINTEA) realizadas en Hamburgo en 1997 y en Belém en 2009.

Sin embargo, si nos fijamos de nuevo, el panorama no aparece muy optimista. A pesar de que a escala mundial se ha intentado por 25 años reducir el número de adultos analfabetos, todavía hay más de 750 millones que no tienen siquiera educación básica. Este avance ocurrió de manera abrumadora entre los años 1990 y 2000, pero el número de analfabetos se redujo solo el 2% en los 15 años ya corridos del nuevo milenio.

Destaca por su importancia el tema de la alfabetización de la mujer. De los 750 millones de adultos antes mencionados, las mujeres analfabetas comprenden hoy el 64%, exactamente el mismo porcentaje señalado en Jomtien en 1990, cuando se adoptó la EPT por primera vez. La alfabetización de la mujer fue reconocida como pieza clave para un desarrollo efectivo en la última conferencia del Comité Mundial para el Aprendizaje a lo largo de toda la vida (CMA), llevada a cabo en Marrakech:

“ [...] las mujeres alfabetizadas tienen menos probabilidades de ser víctimas de trata de personas, de contraer VIH/SIDA y de perder a sus hijos por fallecimiento al momento de nacer... [y] la alfabetización mejora la salud, la capacidad financiera, las habilidades parentales y la inclusión social”.

Las mujeres tienen mucho que aportar para asegurar la alfabetización de sus hijos mediante la familia y el aprendizaje intergeneracional. Éste es un reto formidable, particularmente cuando reconocemos, como lo

hace también el acuerdo de Mascate, la importancia del contexto legal, económico, social y cultural en la determinación de la naturaleza de la alfabetización en diferentes lugares.

Desde luego, hay buenas y nuevas noticias en China, India, los Estados Árabes, Cabo Verde y Senegal, pero muy pocas posibilidades de lograr la alfabetización de adultos a nivel mundial para el año 2030. Aun así, la retórica de los debates sobre los Objetivos de Desarrollo Sostenible indica que “nadie debe quedarse atrás” y los países respaldan de manera ritual el compromiso mundial existente con la educación como un derecho humano universal. Pero ¿cómo podemos sostener que la pobreza será erradicada y que no se dejará a nadie atrás cuando no garantizamos el acceso a la alfabetización para todos?

El objetivo general de la Junta Mundial de Educación Para Todos (EFA/GEM), realizada en Mascate, fue “garantizar una educación equitativa e integradora de calidad y aprendizaje permanente para todos al año 2030”. Aun así, en los propósitos de las sucursales se acordó hacer un llamado a la alfabetización mundial de los jóvenes y que se aumente un porcentaje aún no definido de alfabetización de adultos. Pero ¿acaso *todos* no significa *todos*? Sea como fuere, el acuerdo de Mascate es considerablemente más firme que el que fue adoptado por el Grupo de Trabajo Abierto (GTA), base de las negociaciones entre los Estados durante este año. El objetivo 4 del GTA es “[...] asegurar una educación equitativa e inclusiva de calidad y promover oportunidades de aprendizaje permanente para todos”, ¡y “promover” no es comprometerse tanto como lo es “asegurar”!

Sumado a esto, la carta de septiembre del Secretario General de las Naciones Unidas, en la que se sintetiza el desarrollo de los ODS a la fecha, sostiene que “todos los niños y adolescentes tienen el derecho a la educación” y que “[...] es esencial que los jóvenes reciban competencias pertinentes y educación de alta calidad y aprendizaje permanente desde la infancia temprana hasta los estudios posteriores al nivel primario, la cual incluye competencias de vida y formación y educación vocacional, así como ciencias, deporte y cultura”. Bueno, sí, la educación para niños es vital, pero un compromiso con el aprendizaje permanente no detiene el ingreso de jóvenes al mercado laboral.

Después de todo, ¿cuáles son nuestras responsabilidades para con los millones que no se han beneficiado con la educación, sea porque no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela o porque la educación que recibieron ni siquiera les proporcionó las competencias más básicas?

Los objetivos de la EPT del año 2000 reconocieron la importancia del aprendizaje más allá de la escuela. El objetivo 3 hace un llamado a “[...] velar por que las necesidades de aprendizaje de todos los jóvenes y adultos se satisfagan mediante un acceso equitativo a un aprendizaje adecuado y a programas de preparación para la vida activa”. Sin embargo, año tras año el Informe de Supervisión Mundial sobre la EPT ha ignorado el desarrollo que afecta a las necesidades de aprendizaje de adultos al informar sobre este objetivo. Desde luego, la razón principal es que hay poca o ninguna información confiable y disponible, y que el informe del Grupo Técnico Consultivo de Medidas en materia de EPT advierte que la situación no será más sencilla entre los años 2015 y 2030. La falta de información trae consigo, también, la invisibilidad. Todavía hay escasez de información, y por eso el Consejo Internacional para la Educación de Personas Jóvenes y Adultas (ICAE) ha pedido una expansión significativa del uso de encuestas generales sobre hogares para captar la participación de los adultos y que se dé prioridad al desarrollo de competencias en análisis y desglose de las conclusiones de la encuesta. Sin embargo, la UNESCO debe afrontar el reto de asegurarse de que su Departamento de Estadística trabaje activamente para mejorar la obtención de datos más amplios sobre la educación para adultos, junto con las encuestas de la Unión Europea.

A menudo, la invisibilidad conduce a la exclusión. Es más sencillo mensurar la educación formal que la no formal e informal; por ello, la educación formal recibe más atención. Asimismo, la población remunerada y

contribuyente es más sencilla de calcular, como lo son también sus necesidades educativas con respecto a las de las personas que, a decir verdad, son la vasta mayoría de adultos (en especial mujeres) en el África subsahariana y las áreas rurales del sur de Asia que trabajan en una actividad económica marginal o de subsistencia. Como resultado, las políticas posescolares a menudo excluyen a la mayor parte de la población de adultos más pobres, y sus necesidades educativas no han sido abordadas como se debía en la educación post-2015 y las propuestas de los ODS.

Como comentario final sobre los debates alrededor de los ODS, la educación para adultos es un catalizador clave para lograr un desarrollo sostenible, una sanidad materna mejorada, la implementación exitosa de óptimas políticas de saneamiento y agua potable, así como para asegurar la mejora de las competencias para la población activa de la economía. Tal vez más que ser importante, deba ser un prerrequisito para lograr ciudadanos informados a nivel mundial. Tal como se señaló en Marrakech:

“ La ansiedad generada por la intensificación de la competencia a nivel mundial puede ser vista tanto en países ricos como en desarrollo, y en muchos países esto ha conllevado a reducir los objetivos educativos debido al instrumentalismo económico con el objetivo de expandir la economía y preparar a los ciudadanos para su rol de consumidores”.

Las crisis económicas, ambientales y sociales múltiples e intersectoriales que nos aquejan a nivel mundial, nacional y local refuerzan y aumentan la desigualdad y la marginalización. Hacen necesario que la toma de decisiones informadas corra por cuenta de adultos capaces de entender, adaptarse y formular respuestas efectivas. Éste es un asunto desafiante y poderoso para la educación de adultos en los próximos años y que necesita reflejarse en los acuerdos tomados en el Foro Mundial de Educación realizado en Incheon y en la Asamblea General de las Naciones Unidas, cuando finalmente, en septiembre, se determinaron los ODS. Para que esto sea posible, es de vital importancia que los esfuerzos de los gobiernos, agencias internacionales y la sociedad civil se unan para abogar por una definición amplia, inclusiva y equitativa de “aprendizaje permanente para todos”.

De manera inevitable, los debates en relación con los objetivos de desarrollo global centran su atención en el sur del planeta, pero los desafíos también abundan en los países industriales del norte. Los cambios demográ-



ficos presentan desafíos de aprendizaje en diferentes momentos del ciclo vital.

En sus propuestas para una estrategia de educación permanente, Schuller y Watson subrayan cuatro etapas de la población posescolar, al menos de los países industrializados. La primera, que va desde que terminan la escuela hasta los 25 años de edad, supone rutas más y más complejas dentro del mercado laboral. La segunda, que cubre entre los 25 y 50 años, es aquella en la que los adultos compaginan el trabajo, las responsabilidades familiares, sociales y los deberes cívicos, y, a la vez, el tiempo para estudiar se torna más difícil de encontrar. En la tercera, comprendida entre los 50 y los 75 años, tal vez las posibilidades de vida se encuentren diferenciadas de manera más notoria entre las personas pobres y pudientes, y cuando los adultos tienen más tiempo sostienen la organización de la sociedad civil de manera efectiva, asumen responsabilidades considerables como profesiones y buscan nuevos roles más allá de sus principales vidas laborales. En la cuarta, finalmente, que va de los 75 años de edad a más, el equilibrio de actividades es predominantemente doméstico.

Para cada uno de estos grupos se sostiene que hay un currículo de educación para adultos, pero en este momento para nosotros existe una necesidad particular de reconocer la importancia de los deseos de las personas adultas de que haya más oportunidades educativas, tales como el aumento de universidades para la tercera edad o iniciativas como *Learning for the Fourth Age* (Aprendiendo en la cuarta edad).

Junto con el cambio demográfico, las personas viven, por lo general, en zonas urbanas. El crecimiento del movi-

miento de las ciudades educadoras, en donde la UNESCO ha asumido un rol importante, refleja el desafío de velar por la cooperación a lo largo de los tantos campos de la vida pública mediante las cuales se puede enriquecer la educación, así como la extendida creencia de que la cooperación necesaria para crear sociedades educativas se puede asegurar y sostener mejor a un nivel local. Desde luego, la creciente urbanización hace que las comunidades rurales estén más aisladas, al punto que las competencias se encuentren en riesgo de disminuir, siendo a menudo difícil llegar a ellas y atenderlas.

La migración dentro y fuera de los países y culturas tiene sus propios retos en la creación y sostenibilidad de sociedades que se beneficien de la riqueza que su creciente diversidad ocasiona con respeto hacia las diferencias, la confianza mutua y el entendimiento. Lo lejos que debemos llegar para lograr este entendimiento se hace evidente día tras día en los boletines informativos que circulan alrededor del mundo. Pero no hay tarea más importante para nosotros, como educadores, que la de contribuir en el cumplimiento de tal reto. Después de todo, es el pilar principal de la visión de una sociedad educadora que Jacques Delors y su comisión elaboró en *The Treasure Within* (La educación encierra un tesoro). Para él, los cuatro pilares de la sociedad educadora son aprender a saber y aprender a hacer, y esos mismos son los componentes principales de nuestro sistema educativo actual, como lo son también aprender a ser (o, tal vez, a convertirse) y, especialmente, aprender a vivir juntos.

De seguro nuestra tarea, ahora y después, sea la de velar por que se consideren los pilares de Delors en nuestros sistemas educativos actuales y que sean accesibles para todos. ¡Y que *todos* significa *todos*! **T**